Lenguaje y política

El lenguaje desempeña un papel fundamental en la escena política. Y dado que la política rige los asuntos públicos -los que a todos nos conciernen-, el lenguaje debería ser una herramienta manejada por los políticos de modo muy escrupuloso. Esto resulta siempre aconsejable. Y parece imprescindible en coyunturas como la actual, percibidas como antesala de cambios relevantes, que exigen una gestión prudente y atinada.  
  
A todo político se le suponen habilidades lingüísticas. En otros tiempos no se concebía un político sin dotes oratorias, sin elocuencia, sin dominio de la retórica necesaria para persuadir a su audiencia. Hoy quizás preocupen menos los aspectos formales de un discurso político. Pero, aun así, siempre es preferible aquel que está redactado con claridad y contención a aquel que destila confusión o exceso.

El lenguaje político puede utilizarse de muchos modos. Con soltura, corrección, precisión, respeto y profusión léxica. Pero también de modo torpe, descuidado, ambiguo, despectivo o menesteroso. E incluso con ánimo insultante. En estos últimos casos, el lenguaje no propicia el diálogo, el entendimiento y el pacto. Por el contrario, obstaculiza la consecución de cualquiera de estos objetivos, que son pilares de la convivencia.

Es muy deseable que las diversas partes políticas, ya sean afines o discrepantes, expongan su programa con la mayor claridad. Sólo así se conseguirá que los ciudadanos llamados a las urnas puedan ejercer su derecho al voto con el mejor criterio en las elecciones. En este ámbito, queda mucho camino por recorrer. Alguno de los protagonistas de la escena política ha dado a veces dan pruebas de transparencia. Pero otros prefieren recurrir todavía a frases ambiguas, dilatorias, que no facilitan la decisión del votante. Y, sin embargo, es obligación de todos los actores políticos exponer sus hojas de ruta de modo diáfano. Es una obligación y, además, puede ser una idea electoralmente rentable.

También la contención es siempre aconsejable en la brega política. Como lo es defender o atacar las propuestas a debate, más que calificar o descalificar a las personas que las respaldan o rechazan. En el fragor de la disputa dialéctica puede darse esa tentación. Pero conviene evitar reproches e insultos. Hay que medir las palabras. Cabe manifestarse con convicción e incluso con vehemencia. Pero sin perder el respeto al rival ni dañar la convivencia. Hay que mostrar mesura al opinar, al valorar, al juzgar...  
  
El lenguaje, según afirmó Samuel Johnson, es el vestido del pensamiento. ¿Y quién en su sano juicio se dejaría seducir por el lenguaje que corresponde a un pensamiento confuso, impreciso o zafio? El lenguaje, decíamos al inicio de esta nota, desempeña un papel fundamental en la escena política. Y, en función del lenguaje usado, cada actor político se aproximará más al papel del héroe o al del villano.

# Referencias

http://www.lavanguardia.com/opinion/editorial/20121007/54352347314/la-politica-y-el-lenguaje.html